



—El delicioso aroma de las dos cartas de boudoir y de tus cabellos: es el mismo de tu vestido nupcial. ¡Ya se ve! ¡dos años enteros sin verte!...

IV

Y cuando mi amigo Pablo terminó su relato, añadió:

—Vete mañana a almorzar con nosotros: allí encontrarás dos tortolillos que se quieren más que el primer día de su luna de miel... y Eduardo te jurará que los picaros celos hacen olvidar a los esposos hasta el perfume de la boda...

J. PÉREZ DE ESCOBEDO

SI VIENES A MI CAMPO.

Si vienes a los campos do venturoso vivo burlando de los hombres los feroces instintos, tendrás en mi cabaña el lecho más mullido que formaré de pieles tan blancas como armiños. Te arrullarán las aguas que en el jardín vecino bajo tus rejas corren; y cuando el sol estivo argente los rosales, cargado de rocío, aspirarás esencias de rosas y tomillos, perfumes que no tienes en los salones ricos. Te mostraré mis aves, sus primorosos nidos, y en el corral do muge mi ganado reunido te daré las espumas que ordeñaré yo mismo. Nos servirán la mesa en la vega del río que rueda sombreado, luciente y cristalino. Tomarás mis manjares con campestre apetito; te daré de naranja aromático vino: los mangos y madroños, en pesados racimos, te brindarán los frutos hasta el césped caídos. Cuando venga la noche, los cantos campesinos oirás, y la castruera que en nuestra infancia oímos.

El anciano discreto del cercano cortijo contará las campañas que con Bolívar hizo, y mientras va en derrota completa el enemigo, sobre laudas pieles te quedarás dormido.

JORGE ISAACS.

EL SUBTERRANEO.

(TRADICION).

En la Universidad de Córdoba han quedado hasta hoy curiosas tradiciones respecto al doctor Francia, el sombrío tirano del Paraguay, de la época de sus estudios en ella, que hemos oído repetir á antiguos alumnos de aquel célebre establecimiento, y de las que vamos á referir una que prueba el temple de su alma, en aquellos tiempos de superstición y de fanatismo.

En el interior de la iglesia de la Compañía de Jesús, edificio monumental, que forma parte del de la Universidad, existe todavía un profundo subterráneo, que se interna bajo el suelo de una gran parte de la ciudad y de sembroca á cinco cuadras, en un antiguo edificio llamado Noviciado viejo, que perteneció también á la poderosa Compañía, ántes de su expulsión de los domicios españoles.

Aquel subterráneo, especie de catacumba, lleno de altares, que contenía un templo

excavado en la tierra, tenía tambien numerosos calabozos que parece servían para la aplicación de las penas que solía imponer á sus miembros la Compañía, y muchos sepulcros formando una especie de vasto osario, en que el tiempo, que todo lo destruye no había respetado las losas del sepulcro, viéndose aquí y allá esparcidos algunos huesos humanos, por la incuria y abandono en que había quedado el subterráneo desde la expulsión de sus constructores.

Entónces, como hoy y como siempre, el estudiante era un sér sui generis barullero, alegre, vividor, y que, sometido á un régimen disciplinario y monástico, procura, cuantas veces puede, libertarse de su yugo, para respirar fuera del claustro el aire puro de una libertad de que casi nunca deja de abusar.

Los estudiantes, pues, y especialmente los de mayor edad, solían hacer sus nocturnas escapatorias, y subiendo y bajando como ágiles acróbatas, y con peligro de sus vidas, las altísimas murallas de los claustros, pasaban la noche en los bailes y jaranas, para volver en los primeros albores de la mañana á descansar de las fatigas de la orgía.

Francia, que era de todos el más osado, se convertía con frecuencia en el jefe de aquellas expediciones; pero en una vez de tomar el camino de las murallas, adoptaba otro medio, quizá más seguro, pero al que ninguno de sus compañeros se atrevía.

A media noche, provisto de una linterna y armado de un puñal (que siempre usaba) se dirigía al solitario centro de la iglesia, levantaba las puertas del subterráneo, y, resuelto y sin vacilar, prescindiendo de todos los supersticiosos temores que parece arredrarían, de cruzar, entre mal disipadas tinieblas, un larguísimo y frío subterráneo, lleno de tumbas y calabozos, se internaba en él, lo atravesaba con paso firme, llegaba al Noviciado viejo, y dejando allí su apagada linterna, iba á reunirse con sus medrosos compañeros, incapaces de seguirlo.

Una noche, usando del preloquio que ejercía sobre sus discípulos, que lo apellidaban el despota, decidió á uno de ellos á acompañarlo á través del subterráneo. El ascendiente que sobre él ejercía, y el amor propio herido de que le llamaran supersticioso y pusilánime, triunfó de sus preocupaciones, y decidido á seguirlo cruzó con Francia el subterráneo, aterrizándose del ruido de sus pasos, del eco de su voz, viendo fantasmas en cada piedra saliente, y presa de un indomable terror, de que su compañero se burlaba; salieron por fin, y aunque la orgía estuvo espléndida, el compañero de Francia, preocupado, retraído, sombrío, veía desaparecer á cada instante las damas y sus compañeros, para creerse de nuevo cruzando el tenebroso subterráneo.

Llegó la hora de la vuelta, y Francia apenas pudo conseguir que lo siguiera: sin embargo, una vez entrados, el miedo mismo dió fuerzas á su compañero, que, rezando en voz baja, tembloroso, tropezando á cada paso, cerrando los ojos para no ver las tinieblas, avanzaba lentamente; de súbito se pára, palidece, y dominado por el más profundo terror, quiere huir, señalando en el centro de un altar un cráneo humano, una calavera, que bamboleando y girando sobre su extinguido cuello, dirigía hacia ellos las áridas cuencas de sus ojos.

Francia incitaba á su compañero á seguir, llamándole supersticioso y cobarde; lo empuja, pero éste, cual si hubiera echado raíces en el suelo, se queda clavado y acaba por tropezar y caer.

Francia, entónces, lanza una blasfemia, desnuda su daga y precipitándose sobre el cráneo, lo clava y parte de una puñalada.

Una enorme rata huyó despavorida por la abertura, encontrándose libre de la cárcel en que había entrado y de la que no podía salir, no obstante sus esfuerzos, ocasionando los movimientos que habían aterrizado al compañero de Francia.

En efecto, era costumbre de los antiguos monjes ermitaños colocar una calavera sobre

sus altares, como signo contemplativo del fin de todas las vanidades humanas.

Francia, en seguida, cargó á su compañero, que se había dislocado una pierna en su caída, y con él á cuestas siguió su camino.

Esta tradición, que se conserva en la Universidad de Córdoba, y que nos ha referido uno de sus antiguos alumnos, prueba el temple de alma de Francia del futuro tirano que había de ser inaccesible á todo sentimiento de piedad ó de ternura, y á toda idea religiosa ó de un destino futuro del espíritu humano.

Real ó apócrifa, es la verdad que de tal manera se juzgaba á Francia; por lo demás, lo que sí podemos asegurar, por haberlo oído á muchos que lo han visto, es que Francia grabó su nombre en la piedra más alta de la torre de la Compañía, la que sustenta la cruz, sitio casi inaccesible y que sólo se atrevían á escalar los más fuertes y osados.

GABRIEL CARRASCO.

EL TRABAJO.

Dios es todo bondad. La vez primera Que el hombre delinquirá, Maldijo airado á la serpiente artera, Y al delincente la observancia austera De ley consoladora le intimó.

Dios es todo bondad. Si el hombre inclina La frente con unción Al dulce yugo de esa ley divina, La tierra opimos frutos le destina Al riego de celeste bendición.

ILDEFONSO DIAZ DEL CASTILLO.

SEMBLANZA DE CAMPOAMOR.

Ese del cabello cano, Como la piel del armiño, Juntó su pudor de niño A su experiencia de anciano. Cuando se tiene en la mano Un libro de tal varon, Abeja es cada expresion, Que, volando del papel, Deja en los labios la miel Y pica en el corazon!

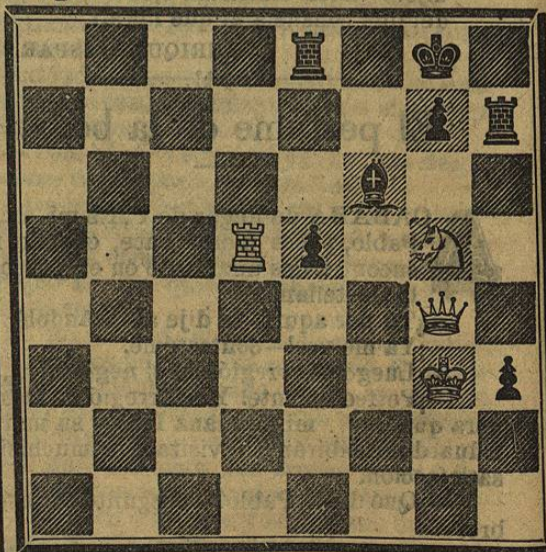
RUBÉN DARÍO.

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERRERA.

Un pensamiento de Filidor.

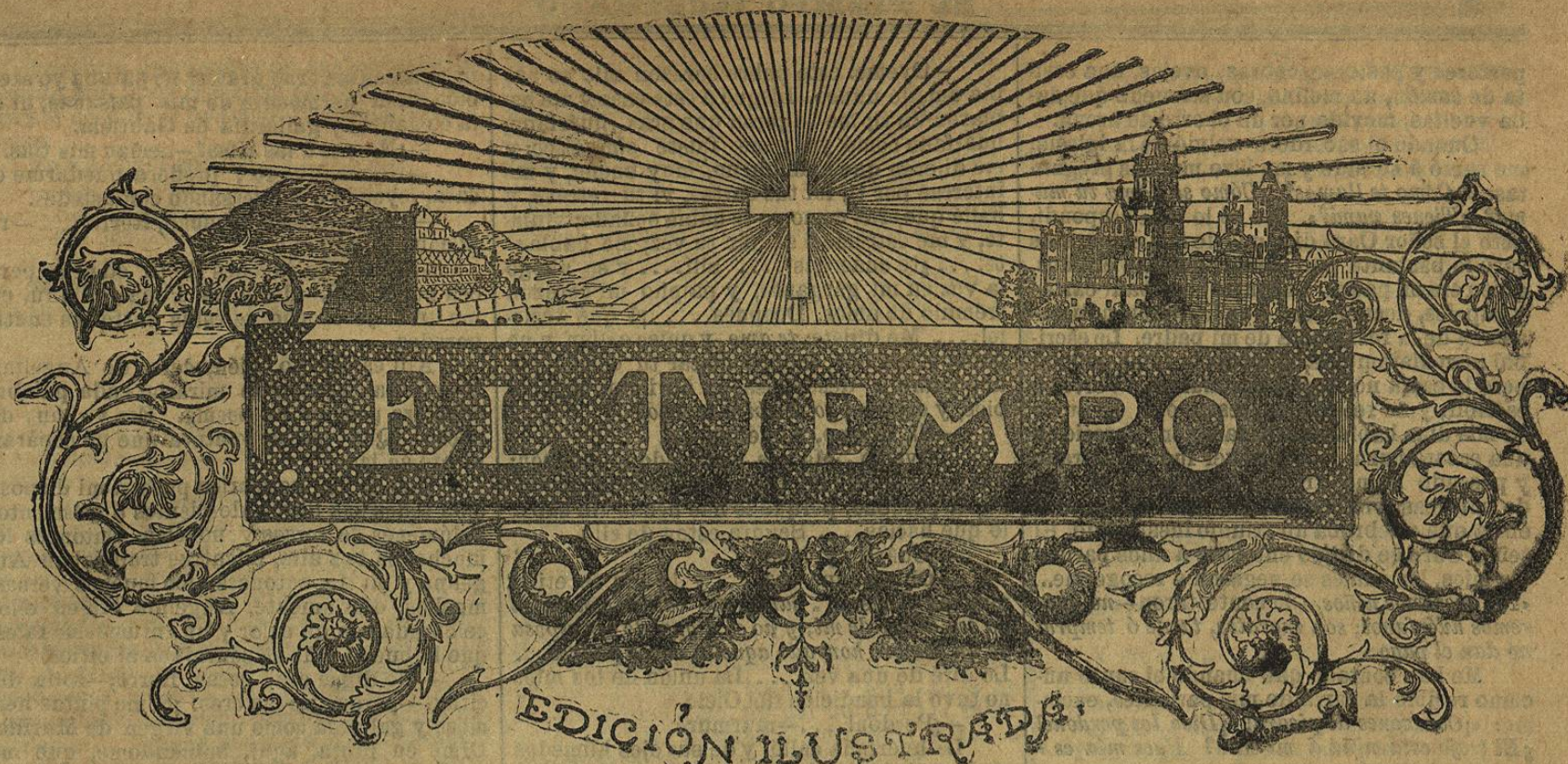
Negras.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 6 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo pasado. 1. A c 7—R c 6—2. C e 7 + +.—Dos variantes.

Sabemos que el campeón de México Lic. A. C. Yáñez, ha publicado un cuaderno de ajedrez, titulado LA OJEEZA DE MORRAY, como no hemos tenido el gusto de recibirlo, no podemos decir nada de él á los aficionados.



Tomo III.

México, Domingo 15 de Octubre de 1893.

Núm. 117

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XXVIII

Está od. para bien saber, y... yo para mal contar... que era yo chirriquitina... así... como ese rosal. Tengo buena memoria, de todo me acuerdo; pero me parece que veo las cosas de ese tiempo como entre sombras, como en el fondo de una calle obscura... ¡Hace ya tantos años! Recuerdo que vivíamos en una ciudad muy grande, no sé si en Puebla ó en México. Acaso en México, porque los edificios eran hermosos y altos, y veía yo desde el balcón muchos coches que iban y venían.

Estábamos, sin duda, en la miseria; al-ganas veces pedía yo pan y no había pan para mí. Mi madre, Dios la tenga en el cielo, me abrazaba y se echaba á llorar: «¡Linita,—me decía—Dios nos dará pan; vamos á pedirselo.» Y me ponía de rodillas, y me hacía rezar, con las manos juntas sobre el pecho, como un angelito de esos que vimos el otro día en la capilla de San Antonio.

Mi padre era militar, andaba siempre en la guerra, ó en conspiraciones, y por eso sus enemigos, los del partido contrario, le perseguían de muerte.

No le ví más que una sola vez. Habían triunfado los suyos y vino á veranos. Trajo mucho dinero y nos compró ropa y muebles, y á mí dulces y juguetes, y un rorro muy lindo, de cabellos rubios y ojos azules, que decía papá y mamá. No he olvidado á mi padre; era un caballero alto, de ojos muy hermosos, con unos bigotes muy retorcidos. Me abrazaba

carñosamente, me besaba, y alzándome exclamaba: «¡Linita! ¡Linita! ¿Quién es mi encanto? ¿Quién es mi preseaf? ¿A quién quiero yo mucho, mucho... mu... chol!»

Pero un día se fué á la guerra... ¡siempre la guerra y las revoluciones! Se fué muy de mañana, é iban con él oficiales y soldados. Salimos á decirle adiós. Me tomó en brazos, me besó los ojos, abrazó á mi madre; luego montó á caballo, y nos dijo: «¡Hasta la vista!...» y partió. No volvimos á verle. Tres años duró esa guerra; él estaba en no sé qué Estado lejano, y nosotras nos quedamos esperando su vuelta.

Un día recibí mi madre una carta. Mi padre nos llamaba; fué preciso obedecerle, y después de vender cuanto teníamos, muebles, ropas, todo lo que había en la casa, emprendimos el viaje, solitas, en un carruaje que daba muchos tambos y que hacía mucho ruido al rodar en los empedrados. Caminábamos de día y de noche, y sólo nos deteníamos en las posadas para dormir y descansar unas cuantas horas. Antes de amanecer, otra vez al carruaje, otra vez á los caminos desiertos, temerosas de los ladrones. Solíamos pasar por algunos pueblos; el coche se detenía, bajábamos para ir á la fonda, comíamos, y vuelta á caminar. Un día mi mamá se quejó diciendo que le dolía la cabeza. Tenía calentura, fiebre, y fué preciso quedarnos en un pueblo, en un mesón. Dormí a yo con ella, y recuerdo que ardía en calentura, que su cuerpo quemaba como una brasa. Despertaba yo á media noche, y decía yo: ¡Mamá! ¡mamá! Y no contestaba; permanecía como muerta. Una vez,

viendo que no me respondía, me eché á llorar... Entónces mi mamá volvió en sí, y me arropó, diciendo cosas que yo no entendí, cosas muy raras. Papá me ha contado que mi madre tenía tifo. La meonera llamó al señor Cura, y cuando él llegó la enferma había perdido el conocimiento. Vino el médico del pueblo y declaró que ya era tarde, que la agonia estaba próxima.

—No vivirá una hora—dijo—Padre, póngale los oleos.

—Esta criatura no debe estar aquí...—respondió el sacerdote, poniéndose la estola—que la lleven a mi casa.

Yo no quería separarme de allí; resistí, lloré, solloqué... pero ¡en vano! Era yo una chiquitina de siete años, y sin embargo comprendí lo que pasaba, que no volvería yo á ver á mi madre. Lloraba yo y mis lágrimas eran lágrimas de inmenso dolor. Mi madre se moría; no había de verme más. Me llevaron á la casa rural. Allí nada me divertía ni me consolaba; pasé el día sin comer, llorando, renuente á las atenciones del padre, y á los obsequios de una anciana, ama de gobierno de aquella modesta casa. Me acurrugué en el sofá, y allí me rindió el sueño, y de allí me llevaron á la cama. A media noche desperté llorando, llamando á mi mamá. La anciana vino á verme, me arropó y se estuvo acariciándome hasta que me quedé dormida. A la mañana, apenas abrí los ojos, pregunté por mi madre. Me dijeron que estaba en el cielo. La anciana me lavó, me vistió, y me dió el desayuno. Para distraerme me llevaron á la sala, y me dieron juguetes, muñecos de nacimiento,